

## IMÁGENES DE UN MITO; NAPOLEÓN (BURGOS, 1808)

BLANCA ACINAS LOPE

No pretendo realizar aquí, vana empresa, una “vida” de Napoleón. El ascenso del joven oficial corso desde los preliminares de la Revolución hasta el trono y su final en un islote del Atlántico -seis años de oscuro confinamiento- son ya bastante conocidos. Entre ambos, quince años de un destino excepcional que se confunde con el de Europa.

Deseo mostrar algunas imágenes de Napoleón -literarias, pictóricas, colectivas, muchas veces desconocidas- desde su entrada en la historia hasta nuestra época con algún detenimiento en el caso de su fugaz estancia -apenas once días de otoño- en Burgos en 1808, justamente en el ápice de su gloria.

La riqueza bibliográfica del personaje es inmensa; solamente traeré aquí briznas de tan ingente caudal de libros y documentos relativos al emperador de los franceses. Conscientemente he elegido aquellos relatos en primera persona que muestren las tan diversas figuras de Napoleón, ayudando a desvanecer algunos lugares comunes. En el caso de nuestra ciudad surgirán testimonios que nos harán sonreír en ocasiones y otras veces reflexionar sobre un duro tiempo de batallas y de guerras. El Archivo Municipal, las Actas del Cabildo, libros de memorias, relatos de viajeros y algunos escritos más serán aquí nuestras fuentes principales. Pero todo ello desde una perspectiva mítica, trascendente, llena de contrastes, construida muchas veces por la literatura, las canciones o los sueños, más allá de un mero -aunque interesante o documentado- relato histórico.

La mayor conquista de Napoleón no ha sido la de Europa, sino la de la imaginación de las generaciones que siguieron a su imperio.

**“Vivant, il a manqué le monde; mort il le possède”** (1), escribirá Chateaubriand. La genialidad de Bonaparte es la de haber comprendido desde muy pronto la importancia de la propaganda y la necesidad de rodearse de una leyenda. En la campaña de Italia, en 1797, las hazañas de nuestro aún desconocido general son exaltadas en los sucesivos periódicos que financia con el rico botín de guerra apresado. Páginas que conocen una gran difusión, bajo nombres como el *Courrier de l’armée d’Italie*, *La France vue de l’armée d’Italie* o el todavía más laudatorio y revelador de *Journal de Bonaparte et des hommes vertueux*. En ellas podemos leer elogios como el que sigue: **“Napoléon vole comme l’éclair et frappe comme la foudre. Il est partout et il voit tout; il est l’envoyé de la Grande Nation. Il sait qu’il est des hommes dont le pouvoir n’a d’autres bornes que leur volonté quand la vertu des plus sublimes vertus seconde un vaste génie”** (2). Napoleón crea un personaje sin igual. Sencillo, cercano y familiar; vestido con su **“redingote grise”** (levita gris) y su **“petit chapeau”** (3), sobrehumano en el trabajo y en la acción: **“La force prodigieuse des organes du Premier Consul lui permet dix-huit heures de travail par jour; elle lui permet de fixer son attention pendant ces dix-huit heures sur une même affaire ou de l’attacher successivement à vingt sans que la difficulté ou la fatigue d’aucune embarrase l’examen d’une autre... sostendrá un documento del 19 de Brumario del año diez** (4).

(1) “Perdió el mundo en vida; muerto lo posee por entero”.

(2) “Napoleón vuela como el relámpago y fulmina como el rayo. Está en todas partes y todo lo ve. Sabe que hay hombres cuyo poder no tiene más límites que su voluntad cuando su virtud entre las más sublimes está apoyada en su genialidad.”

(3) En contra de la idea común, Napoleón no era exageradamente bajo de estatura, ya que el adjetivo “petit” muchas veces en él era sinónimo de juventud (“petit caporal”...) Otros grandes hombres sin embargo fueron de pequeña talla: Atila, Francisco de Asís, Vasco de Gama, Erasmo... El propio Luis XIV sin tacones ni su alta peluca no pasaría de 1,62 m.

En cuanto al “petit chapeau” referido al tocado de Napoleón que llevó hasta su muerte, escrupulosos exégetas han calculado que el Emperador usaba como media unos 8 sombreros por año y que por tanto habría consumido unos 125 entre 1800 y 1815, todos ellos confeccionados por el sombrerero Poupard y de respetables dimensiones (unos 45 cms de ancho). Este tocado le servía en ocasiones para expresar teatralmente su mal humor; sobre todo en sus tormentosas relaciones con los rusos, arrojándolo, pateándolo... Uno de estos “petits chapeaux”, que hoy puede verse en el Hôtel des Invalides como el único sombrero del Emperador, fue entregado al pintor Gros cuando pintaba la batalla de Eylau y vendido en almoneda a su muerte, y recuperado para acompañar el ataúd del emperador (en cuyo interior hay otro, sobre sus rodillas, con el que fue inhumado). Cfr. Jacques Boudet, *Les Mots dans l’histoire*, Paris, Laffont, 1990.

(4) “La resistencia prodigiosa del primer cónsul le permite 18 horas de trabajo diarias, le permite también concentrar su atención durante ese tiempo sobre un

El corso inventa la propaganda moderna, que tanto han valorado los regímenes totalitarios. La literatura y el grabado extenderán esta imagen en un momento favorable, presentándole como el hombre providencial que ha de regir los destinos de Francia, restableciendo el orden y la disciplina, la prosperidad y el progreso, abriendo la puerta de la gloria.

Todo contribuye a establecer la dimensión colosal de Bonaparte: las versiones de las batallas en los boletines de la Grande Armée le hacían presentarse como el genial estratega que todo había previsto. Y no sólo la página impresa. Asomémonos a los cuadros de la *Coronación* de David o a *Los apestados de Jaffa* o al *Campo de batalla de Eylau* de Gros; a las óperas de Lesueur, el teatro, al arco de triunfo del Carrousel, o a la columna Vendôme que se transformará tras la Restauración en el símbolo del bonapartismo.

Propaganda en las escuelas, las plazas, los teatros o las iglesias, como veremos más adelante. Los boletines de la Grande Armée (que Napoleón redactaba o animaba) se convertían así en verdaderas homilías. Una circular había organizado la difusión de estos boletines: **“Le moment de leur arrivée sera annoncé dans toutes les villes, bourgs et villages au son de la cloche ou de la caisse, et il en sera donné immédiatement lecture publique par le maire”** (5).

Vigny ha evocado en *Servitude et grandeur militaires* (6) la emoción que estas lecturas provocaban en las escuelas. Una correspondal escribía a Balzac en 1835: **“Je sens encore les battements de coeur que j'éprouvais en entendant crier la victoire ou les Bulletins de la Grande Armée (en ce temps-là c'était la même chose). Mon coeur s'agrandissait, sautait dans ma jeune poitrine; mes yeux se remplissaient de larmes. J'aimais, j'adorais Napoléon!”** (7 y 8).

mismo asunto o sucesivamente desplazarla a otros veinte más sin que la dificultad y el cansancio le impidan valorar correctamente cada uno de ellos”.

(5) “El momento de su llegada será anunciado en todas las ciudades, burgos y pueblos a golpe de campana o tambor y será inmediatamente dada lectura pública por el alcalde.”

(6) Vigny, Alfred de, *Servitude et grandeur militaires*, Paris, Le Livre de Poche, 1965.

(7) “Siento todavía los latidos del corazón cuando oía pregonar la victoria o los boletines del Gran Ejército (lo que en ese tiempo era lo mismo). Mi corazón crecía, saltaba en mi joven pecho; mis ojos se llenaban de lágrimas. Entonces yo amaba, adoraba a Napoleón.”

(8) Tambien Sand, George, *Histoire de ma vie*, Paris, Gallimard, Bib. de la Pléiade, 1970, t.1, p. 693-694: “Ma mère était comme le peuple, elle admirait et adorait l'empereur à cette époque. Moi, j'étais comme ma mère et comme le peuple”.

Y no sólo en el pueblo llano; veamos lo que señala uno de sus jefes militares, el almirante Décrés (ministro de Marina bajo todo el imperio): **“Ce terrible homme nous a tous subjugués. Il tient toutes nos imaginations dans sa main, qui est tantôt d’acier, tantôt de velours, mais on ne sait quelle sera celle du jour, et il n’y a pas moyen d’y échapper: elle ne lâche jamais ce qu’elle a une fois saisi”** (9).

Napoleón es absolutamente consciente de su labor: **“No hago más que actuar sobre las imaginaciones de la nación. El día que esto me falle ya no seré nadie y otro me sucederá.”** **“La imaginación es la nariz de los pueblos. Siempre se les podrá llevar fácilmente de la nariz”** (10).

Pero pronto aparecerán en el firmamento los desastres de Alemania y Rusia, la invasión de Francia por los aliados y la abdicación. Ya había voces discrepantes como la de Rivarol: **“Les Français, las de se gouverner, se massacrèrent; las de se massacrer au-dedans, ils subirent le joug de Bonaparte, qui les fait massacrer au-dehors (1808)”** (11). El cansancio de la guerra y los impuestos harán aparecer en el campo la leyenda del Ogro desde 1812.

Ya antes de Francia, la reacción contra Napoleón se ha iniciado en España. En el *Catecismo civil*, el patriotismo español y la exaltación religiosa identificarán a Napoleón con la imagen del Anticristo y compararán la guerra en la península con el Apocalipsis. La bibliografía antinapoleónica en España es riquísima (12), teniendo como representante más famoso el folleto *“El centinela contra franceses”* de Antonio de Capmany con varias ediciones entre 1808 y 1811 en casi toda la geografía peninsular y muy pronto traducido al francés, inglés, italiano, alemán, holandés y portugués. Esta corriente antinapoleónica ganará Alemania (Beethoven tachando el nombre de Bonaparte de la sinfonía Heróica) y Rusia (sus ecos aparecen en *Guerra y Paz* de Tolstoï, rechazando la imagen de Napoleón que éste pretende imponer: **“Napoléon s’est toujours servi de la**

(9) “Este hombre terrible nos ha subyugado a todos. Mantiene todas nuestras expectativas en sus manos, que son ya de acero, ya de terciopelo, aunque no sepamos cómo este día han de tocarnos. Y no hay manera de escapar; sus manos no sueltan jamás lo que han asido.”

(10) Cfr. Aubry, Octave. *La vida privada de Napoleón*. Losada/Anaya, Madrid, 1994, p. 212 y 214.

(11) Los franceses hastiados de gobernarse se mataron entre sí, cansados también de matarse en su tierra, sufrieron el yugo de Bonaparte que les llevó a hacerse matar fuera de sus fronteras. (1808).

(12) Véase, por ejemplo, la *Bibliografía de la guerra de la Independencia*, de Gómez Imaz, Sevilla, 1902.

**presse pour remplir la France et l'Europe de faits controuvés, de maximes fausses**" señalará Chateaubriand (13). Contrapropaganda también como la británica bajo forma de caricaturas y panfletos contra Boney (la abreviación despectiva de Bonaparte). Aparecen en este fin del imperio denuncias contra el déspota, extranjero, varra de tribulación, megalómano... Las comparaciones con Alejandro y César se ven sustituidas por otras con Gengis Khan o Atila.

Contrapropaganda que no soporta la presencia personal del emperador, como señala Bainville: **"Dès qu'il paraissait on oubliait tout: les desastres de la veille et ceux que son retour annonçait, les tueries..."** (14).

Pero es seguro que fue el "martirio" de Santa Helena lo que disparó la apoteosis. A pesar de las hecatombes y los desastres de 1814 y 1815, la muerte lejana de Napoleón hizo crecer su aureola en Europa y en el mundo hasta límites insospechados. **"Napoléon tombé parut immense"** (15).

Las raíces de la sin par fascinación que Napoleón ejerce sobre el pueblo francés e incluso sobre el mismo Chateaubriand, feroz contrario de Bonaparte, hará preguntarse al escritor en sus *Mémoires d'outre-tombe*: **"On se demande par quel prestige Bonaparte, si aristocrate, si ennemi du peuple, a pu arriver à la popularité dont il jouit: car ce forger de jougs est très certainement resté populaire chez une nation dont la prétention a été d'élever des autels à l'indépendance et à l'égalité ... Monté au trône il y fit asseoir le peuple avec lui; roi prolétaire, il humilia les rois et les nobles dans ses antichambres; il nivela les rangs mais non en les abaissant mais en les élevant (...)** La vanité française se bouffit ausssi de la supériorité que Bonaparte nous donna sur le reste de l'Europe; une autre cause de la popularité tient à l'affliction de ses derniers jours. Après sa mort, à mesure que l'on connut mieux ce qu'il avait souffert à Sainte Hélène, on commença à s'attendrir; on oublia sa tyrannie" (16).

(13) *Mémoires d'outre tombe*, tome, II, p. 670. Pléiade, Gallimard: "Napoleón se ha servido siempre de la prensa para llenar Francia y Europa de hechos controvertidos y de aforismos falsos."

(14) Bainville, J. *Napoléon*, Fayard, Paris, 1931: Cuando él aparecía, todo se olvidaba: los desastres del día anterior y aquéllos que con su llegada anunciaba, las matanzas...

(15) Napoleón caído, pareció inmenso. Sorel, Albert, *L'Europe et la Révolution française*, Paris, 1904, 8 vol., VIII, p. 150.

(16) *Mémoires d'outre-tombe*, 1850: "Uno se pregunta por qué arte de magia Bonaparte tan aristócrata, tan enemigo del pueblo, ha podido llegar a la popularidad de que disfruta puesto que este forjador de yugos ha sido siempre muy popular

En el *Mémorial de Sainte-Hélène*, especie de testamento póstumo, Napoleón aparecerá como el adalid de las conquistas revolucionarias y unificador de Europa, aprovechando para sí las fuerzas emergentes del siglo: el nacionalismo y el liberalismo. Adiós al déspota guerrero, presentándose como un monarca liberal. Prisionero de la Santa Alianza, se convierte en el campeón de los pueblos oprimidos. La revolución de 1830 coreará el grito de **“Vive Napoléon!”**.

Por otra parte, las precarias condiciones económicas de la Restauración hacen recordar los brillantes momentos de gloria del pasado, las victorias y el orgullo nacional en los relatos de antiguos soldados como en *Le Médecin de campagne* de Balzac.

Beranger, convertido al nuevo culto, compondrá sus canciones, que junto a los poemas y litografías harán aparecer sobre todo en el medio rural una recuperación del mito: *Le vieux drapeau*; *Le cinq mai* y *Il n'est pas mort* (**“Mon Dieu, sans lui, je ne puis croire en Toi”**) o los *Souvenirs du peuple* en que una pobre abuela evoca sus tres encuentros con Napoleón. En los primeros: **“Il avait petit chapeau, avec redingote grise”**; **“Son sourire était bien doux. D'un fils Dieu le rendait père”** y el tercero, en 1814, en que el emperador bajo su humilde techo ha comido un trozo de pan negro y un vaso de vino peleón. La abuela conserva el vaso: **“On parlera de sa gloire/sous la chaumière bien longtemps/l'humble toit dans cinquante ans/ne connaîtra plus d'autre histoire/Parlez-nous de lui grand-mère; Parlez nous de lui”** (17).

La propaganda bonapartista no desdeñará esta imagen del Napoleón de los humildes, que dará muchos años después sus frutos con la llegada de Luis Napoleón a la presidencia de la República y el Segundo Imperio (18).

Mas el mito napoleónico, construido desde la propaganda, debe mucho a la literatura. Tal vez el más vibrante elogio de Napoleón I

---

en una nación que ha pretendido elevar altares a la independencia y a la igualdad... Subido al trono, hizo sentar al pueblo con él; rey proletario, humilló a reyes y nobles en sus antecámaras; niveló rangos pero no rebajándolos sino elevándolos. La vanidad francesa entonces se vio henchida de la superioridad que Bonaparte nos dió sobre el resto de Europa; otra razón para su popularidad radica en su última aflicción. Después de su muerte, en la medida en que se fueron conociendo mejor sus sufrimientos en Santa Elena, la gente empezó a enternecerse y olvidó su tiranía”.

(17) “hablarán de su gloria en la choza mucho tiempo y el humilde techo no conocerá otro relato en más de 50 años. Háblenos de él, abuela, háblenos de él”.

(18) Louis Napoléon Bonaparte. *Les Idées napoléoniennes*, Paris, 1839. Bluche, François, *Le Bonapartisme. Aux origines de la droite autoritaire (1880-1850)*, Paris, NEL, 1980.

sea el que pronuncia Marius, el héroe de los *Misérables* de Víctor Hugo en 1862 (aunque la acción se desarrolla en 1831): **“Il avait tout. Il était complet. Il avait dans son cerveau le cube des facultés humaines. Il faisait des codes comme Justinien, il dictait comme César, sa causerie mêlait l’éclair de Pascal au coup de foudre de Tacite, il faisait l’histoire et il l’écrivait, ses bulletins sont des iliades, il combinait le chiffre de Newton avec la métaphore de Mahomet, il laissait derrière lui dans l’orient des paroles grandes comme des pyramides; à Tilsit il enseignait la majesté aux empereurs, à l’Academie des Sciences il donnait la réplique à Laplace, au Conseil d’État il tenait tête à Merlin, il donnait une âme à la géométrie des uns et à la chicane des autres, il était légiste avec les procureurs et sidéral avec les astronomes; comme Cromwell soufflant une chandelle sur deux, il s’en allait au Temple marchander un gland de rideau; il voyait tout, il savait tout; ce qui ne l’empêchait de rire d’un rire bonhomme au berceau de son petit enfant; et tout à coup, l’Europe éfarée écoutait, des armées se mettaient en marche, des parcs d’artillerie rouaient, des ponts de bateaux s’allongeaient sur les fleuves, les nuées de la cavalerie galopaient dans l’ouragan, cris, trompettes, tremblement de trônes partout, les frontières des royaumes oscillaient sur la carte, on entendait le bruit d’un glaive surhumain qui sortait du fourreau, on le voyait, lui, se dresser sur l’horizon avec un flamboiement dans la main et un resplendissement dans les yeux, déployant dans le tonnerre ses deux ailes, la grande armée et la vieille garde, et c’était l’archange de la guerre! (...) Avoir comme réveille-matin le canon des Invalides, jeter dans des abîmes de lumière des mots prodigieux qui flamboient à jamais, Marengo, Arcole, Austerlitz, Iéna, Wagram! faire à chaque instant éclore au zénith des siècles des constellations de victoires, donner l’Empire français pour pendant à l’Empire romain, être la grande nation et enfanter la Grande Armée, faire envoler par toute la terre ses légions comme une montagne envoie de tous côtés ses aigles, vaincre, dominer foudroyer, être en Europe une sorte de peuple doré à force de gloire, sonner à travers l’histoire une fanfare de titans, conquérir le monde deux fois, par la conquête et par l’éblouissement, cela est sublime; et qu’y a-t-il de plus grand? (19).**

(19) Lo tenía todo. Era un hombre completo. Tenía la suma de las facultades humanas en su cerebro. Hacía códigos como Justiniano, dictaba como Cesar; su conversación tenía la presteza de Pascal unida al efecto fulminante de Tácito, hacía historia y la escribía, sus boletines eran *Ilíadas*, combinaba los números de Newton con las metáforas (sic) de Mahoma, dejaba tras de sí en Oriente palabras con la

Aunque estos elogios literarios son tardíos. Los grandes escritores de su tiempo rehuyen esta labor hagiográfica de Bonaparte. “**J’ai pour moi la petite littérature et contre moi la grande**”, decía Napoleón. La gran literatura –el más conocido grupo de disidentes es el grupo de Coppet, en las orillas del lago Lemán (Schlegel, Mme de Stael, Constant...)– rompe con el imperio, mientras la producción literaria habitual se decanta por las novelas negras o galantes, terroríficas o sentimentales en el que las plumas femeninas son legión. Las dos primeras figuras literarias reconocidas que abordan el tema napoleónico van a contribuir al mito desde la “leyenda negra”. Así Benjamin Constant en *L’Esprit de conquête* y Chateaubriand con *De Buonaparte et des Bourbons*. Para acallar estas voces aparecerán más tarde las *Messéniennes* sobre Waterloo de Delavigne y el canto tercero de *Childe Harold’s Pilgrimage* de Byron seguidas de una mitificación póstuma en primera persona: la publicación bajo la monarquía de Julio del *Mémorial de Sainte-Hélène* del conde de las Cases (20), y del triunfo en literatura de los hijos de oficiales napoleónicos (los “enfants du siècle”: Victor Hugo (que, a los diez años, durante su estancia en España junto a su padre, el general Hugo, había quedado marcado por un horrible espectáculo en Burgos (3 marzo 1812) –un hombre ajusticiado a ga-

grandeza de las pirámides; en Tilsit daba lecciones de majestad a los emperadores, en la Academia de Ciencias replicaba a Laplace, en el Consejo de Estado hacía frente a Merlin, daba razón al enramamiento de unos y al enredo de otros, más legislador que los procuradores y más sideral que los astrónomos; todo lo veía, todo lo sabía, lo que no le impedía reír con la satisfacción del padre de familia delante de la cuna de su hijito y de repente toda Europa espantada escuchaba: las armadas se ponían en marcha, los parques de artillería empezaban a rodar, los puentes de barcas desplegándose sobre los ríos, la caballería en bandadas galopaba en un huracán de gritos y trompetas, y los tronos temblaban, las fronteras de los reinos se movían en los mapas y se oía desenfundar una espada sobrehumana, viéndosele a él erguido en el horizonte con el relámpago en la mano y el resplandor en la mirada desplegando truenos con sus alas, con la Gran Armada y la Vieja Guardia y era el Arcángel de la Guerra... Tener por despertador el cañón de los Inválidos, en abismos de luz que nunca se apagan, refulgen nombres como Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wagram haciendo en cada instante eclosionar, en el cenit de los siglos, constelaciones de victorias, dando al imperio francés la grandeza del romano, haciendo circular por toda la tierra sus legiones como una montaña envía sus águilas por todos lados venciendo y convirtiéndose en Europa en un pueblo dorado haciendo sonar a través de la historia el rumor de los titanes. ¿Qué hay más grande y sublime que esto?

“**Il fut mieux encore: il fut l’incarnation même de la France, conquérant l’Europe par l’épée qu’il tenait et le monde par la clarté qu’il jetait**” Victor Hugo, *Les Misérables*, t. 2, p. 162.

(20) El *Mémorial de Sainte-Hélène* constituye la mayor tirada, tras la Biblia, de la edición francesa en el siglo XIX.



rrote-), Dumas o Nerval (Gerard de Nerval se identifica además con Napoleón en una crisis de locura que obligará a su internamiento en 1841). Y en general los escritores románticos, fascinados por su gloria pasada y su soledad y miseria en Santa Helena. Señalemos entre una larga posteridad a Lamartine, Musset, Vigny, Stendhal, o Balzac para quien el emperador era un prodigioso fenómeno de voluntad: **“el hombre que tenía en su cabeza un código y una espada, la palabra y la acción”**. **“On ne voit pas, señala Maurice Descotes, quelle figure dans notre histoire nationale a davantage fasciné l'écrivain que celle de Napoléon. Charlemagne sans doute pourrait soutenir la comparaison: commencée de son vivant la transfiguration de l'Empereur à la barbe fleurie s'est opérée peu à peu, s'enrichissant de réminiscences de l'Antiquité classique ou biblique et le héros a pris les proportions d'un personnage d'épopée”** (21).

Y pronto toda una literatura universal: Walter Scott escribe hacia 1825 una *Vida de Napoleón*; Thackeray se entusiasma con el retorno de sus restos; Thomas Hardy o el mismo Conan Doyle. En Italia Alfieri, Leopardi o Manzoni, en Alemania Heinrich Heine, o más tarde Nietzsche; en Rusia Tolstoi o Dostoievski: **“Oui, je voulais devenir Napoléon; c'est pourquoi j'ai tué”** explicará Raskolnikof en *Crimen y castigo*.

En esa literatura se negará su muerte o se le asimilará con Prometeo, se nos mostrará en pactos con la divinidad o las estrellas o asistiremos a los sueños de algunos escritores como Louis Geoffroy que en un bello y desconocido libro titulado *Napoléon apocryphe* imagina que nuestro héroe no es vencido en Rusia y consigue la conquista del mundo instaurando una monarquía universal (22).

La pervivencia de Napoleón tiene mucho que ver con su carácter de héroe moderno. Como estratega es glosado en las escuelas militares, los sistemas morales, del individualismo stendhaliano a la voluntad de poder de Nietzsche, le han tomado como referencia. A la inversa de Don Juan, otro personaje histórico convertido en mito, la recreación artística no ha podido separarle de su historicidad, pues Napoleón tuvo buen cuidado de construir él mismo su propia leyen-

(21) No me figuro qué personaje en nuestra historia nacional ha fascinado más al escritor que Napoleón. Carlomagno quizá pueda estar a su altura puesto que ya en vida se inició la transfiguración del emperador de la barba florida enriqueciéndose progresivamente con las reminiscencias de la Antigüedad Clásica y la Biblia hasta que tomó las proporciones del héroe épico.

(22) Véase Pierre Albouy, *Mythes et mythologies dans la littérature française*, Armand Colin, 1969, p. 84 y ss.

da. Leyenda oficial, popular, magnificada por los republicanos, los liberales y los románticos, leyenda negra también; siempre fascinación y tema predilecto de la literatura que llega hasta nuestro tiempo, donde un arte rabiosamente moderno como el cine le adopta como motivo de una de sus obras maestras: el *Napoléon* de Abel Gance (1927).

Pero lejos de la propaganda, el verdadero rostro de Napoleón es la alteridad y el contraste (23), constituyendo un modelo inabarcable, al igual que su política desmesurada para pretender que sus contemporáneos la comprendiesen. La figura de Bonaparte surge de un tiempo controvertido, incierto, tumultuoso, de fecunda y profunda trascendencia, en que muchos pueblos se asoman a la era moderna (24). Napoleón es quien modela el mundo según su voluntad, un hombre solo, consciente de su valor y del poder de su ego.

Napoleón continúa siendo uno de los héroes favoritos de la especie humana. La gloria de sus armas nos ciega. Carácter fuera de serie el del hijo de un matrimonio corso famélico (el adjetivo es de André Maurois). La humanidad desde hace dos siglos no se cansa de esta época y de la prodigiosa aventura consular e imperial de casi quince años.

Stendhal afirmaba que fuera de las matemáticas, la artillería, el arte militar y Plutarco, Napoleón no sabía nada de nada... “en cuanto a ciencia del gobierno, la educación de este gran hombre era nula”. Pero con una rapidez inimaginable encontramos a un jefe que se forma en el estudio, la curiosidad, la lectura. El teniente Bonaparte ha leído algo más que libros de estrategia: conoce profundamente Rousseau, Montesquieu, Tácito. Corneille es también su maestro. De corazón, será un hombre de letras, como hará notar al instituir la universidad napoleónica, de cultura casi exclusivamente literaria y de tradición clásica (17 marzo 1808): **“J’ai voulu qu’elle fût fortement lettrée; j’aime les sciences mathématiques et physiques, chacune d’elles**

---

(23) Este contraste ya parecen encubrirlo los anagramas que muy pronto circulan sobre su nombre o su título: *Napoléon, empereur des français* = *Un pape serf a sacré le noir démon*; *Révolution française* = *Un veto corse la finira*.

(24) Recordemos a Europa en la hora imperial: las monarquías se tambalean y las estructuras del antiguo régimen se ven sacudidas en sus raíces. El imaginario europeo guardará la huella de las campañas napoleónicas que, nuevo contraste, pretenden la hegemonía francesa en un continente tutelado a la vez que exportan una revolución –ya no la misma de 1789– en las ideas de libertad e igualdad. Y aunque se movilicen contra la tiranía y el imperialismo, no olvidemos que muchos pueblos se asoman a la era moderna en esta hora.

**est une belle application partielle de l'esprit humain; mais les lettres, c'est l'esprit humain lui-même; l'étude des lettres, c'est l'éducation générale qui prépare tout, l'éducation de l'âme!** (25).

Napoleón es un animal de costumbres, con el orden de un geómetra, lo que advertimos en la disposición de habitaciones y de muebles, la colocación de los libros, de sus instrumentos de trabajo, plumas y cortaplumas, en sus extensos horarios dedicados a la lectura y la correspondencia. Napoleón no cejó en toda su existencia de manifestar un profundo amor por la lectura, incluso en Santa Helena. Ante la invasión de Rusia indica a su bibliotecario que no deje olvidados en algún cajón los *Essais* de Montaigne que quiere releer durante la campaña. Recordemos su biblioteca portátil, de unos mil volúmenes, que viajaba con el Emperador a través de los campos de batalla y entre largas marchas. Libros de grandes caracteres, para una lectura más fácil, guillotizados sus márgenes para ahorrar espacio en las maletas de cuero forradas de terciopelo verde timbradas con la N imperial y su corona en plata cincelada. Poesía, religión, epopeya, memorias, teatro, geografía, viajes... Algunos relativos a España: *Quijote*, *Celestina*, Quevedo, Gracián, teatro clásico (muy poco leído por el emperador, salvo algún sainete). Napoleón conocía muy superficialmente el castellano (26) aunque sí conocía con suficiencia el catalán, al que presta una atención especial. Hallaremos notas de su puño y letra en varios ejemplares de las *Crónicas* de Jaime I o de otras obras catalanas, sin olvidar su política de proclamas y bandos en esta lengua y subvenciones para publicaciones y folletos pronapoleónicos en catalán (27), por propia iniciativa personal del emperador. Sí parece apócrifa, según la crí-

(25) Del gran desorden de 1789 al orden imperial, todas las formas de expresión se dan cita, transformándolo, en el paisaje literario francés, escribiendo, preparando, madurando un mundo que es aún el nuestro. Si la época napoleónica está llena de fanfarrias militares, tampoco está exenta de melodías.

El orden napoleónico reinará casi desde el principio en la república de las letras y el teatro (aún hoy sigue en vigor el decreto de Napoleón (dado en Moscú) reorganizando el Théâtre Français). Recordemos que Napoleón instituye también con David el uniforme verde de los académicos de la lengua.

(26) Su francés tampoco es excelente. A propósito de la crítica por Napoleón de una traducción del italiano al francés de la *Jerusalén Libertada* de Torcuato Taso, Lebrun le responderá "**Vous feriez bien d'apprendre la langue française avant de la juger**".

(27) Véanse recogidas estas obras en el *Catálogo de varios impresos referentes a Cataluña en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, de Jaime Andreu, Barcelona, 1905. Cfr. Aymes, Jean-René, Fernández Sebastián, J. *La imagen de Francia en España, 1808-1850*. Presses Sorbonne Nouvelle/Pub. Universidad del País Vasco, 1997.

tica más actual, la supuesta anotación por Bonaparte del *Príncipe* de Maquiavelo, que más parece artimaña de editor, encontrada entre el botín de Waterloo. Gran lector de Rousseau, Bonaparte no es ajeno a la literatura (28), encontrándonos acentos románticos en su novela *Clisson et Eugénie*, 1795. Dos años antes ya había publicado un panfleto –una pequeña obra maestra del género– contra los girondinos: *Le Souper de Beaucaire* (1793). La inmensa correspondencia dictada atestigua una maestría incomparable. Y el periodista no se queda atrás: los diarios de la campaña de Italia, los artículos del “Moniteur” bajo el Consulado revelan un temible polemista. Napoleón crea por otra parte la elocuencia militar: las proclamas a sus ejércitos –siempre escritas y leídas–, completadas por los *Bulletins de la Grande Armée*, resumen de una manera fulgurante lo esencial de una batalla o una campaña. Por último recordemos que la leyenda napoleónica comenzará prácticamente con un libro –el “*Mémorial de Sainte Hélène*” (1823)–, donde la voz del emperador se hará oír por última vez a través de Las Cases.

Pero al genio y al trabajo se suma su buena estrella. Cuántos accidentes hubo de evitar para pasar de una casa burguesa en Ajaccio a las Tullerías. Contará con Madame Mère, Letizia, tenaz y realista; la amistad de Marbeuf por los Bonaparte, que le permite su admisión en Brienne; la influencia modeladora de esta escuela militar que hace de él un Francés; la guarnición en Valence que le proporciona tiempo para leer; el fracaso de sus tentativas en Córcega, que le harán despejarse de su isla y permitirle aspirar a más universales destinos; el apoyo de Saliceti, diputado corso, que le facilita el de Robespierre y el grado de general; el asunto de Vendimiaro, el cañoneo de Saint-Roch; el agradecimiento de Barras y el conocimiento de Josefina que le proporcionan relaciones y protectores; la suerte de volver de Egipto en el momento en que la Revolución necesita un militar prestigioso; la suerte también de ser salvado por Luciano en el 18 Brumario. El Primer Cónsul será el único Cónsul (29). Las circunstancias posteriores harán de él casi un Dios.

Pero Napoleón no es un iluso: “**Je ne suis pas un fils de la poule blanche**” (algo así como “yo no soy un señorito”) “**Je ne suis ici par droit de naissance; j’ai eu un bonheur exceptionnel; je ne peux le faire durer que par un travail surhumain**”.

(28) Cfr. *Europe*, número spécial “Napoléon et la littérature”, avril, mai 1969.

(29) “**Il a été César; il aura regretté toute sa vie de ne pas avoir été Alexandre**”.

El enorme trabajo administrativo que soporta las campañas de Napoleón es generalmente ignorado y sin embargo: **“Pour mon armée française, le ministre me remet, deux fois par mois, plus de dix-huit volumes in 12.<sup>o</sup> et in 4.<sup>o</sup> qui me présentent l'état de mon armée sous tous les points de vue.”**

Encontraremos a Napoleón el día de su coronación, frente al Papa, revestido del manto imperial cuajado de abejas doradas, (la laboriosidad), manto que acompañará su féretro en los Inválidos, el día de su inhumación definitiva. Con la corona en sus sienes dirá a su hermano José: **“ah, si nuestro padre nos viera”**. Aunque pronto la abeja cederá paso al águila, hasta en las alfombras de las Tullerías.

Pero en todo tiempo y circunstancia parece pervivir en él (y de ahí su irresistible atracción), el joven corso, el teniente de Valence, el oficial subalterno que carga, heroicamente, bandera en mano, en el puente de Arcole o de Lodi, que come en el campo de batalla un pedazo de pan y piensa que a un hombre, aunque sea emperador, le basta muy poco para vivir. En Santa Helena soñará aún una vida de estudiante en París, “trente sols par jour”, el parterre de la Comédie Française, Talma –su actor favorito– representando a Corneille. A veces se comporta como un filósofo estóico: **“Eh, mon Dieu, tous les hommes ont la même dose de bonheur. Certes je n'étais pas né pour devenir ce que je suis. Eh bien! j'aurais été aussi heureux M. Bonaparte que l'empereur Napoléon.”**

Como podemos apreciar, Napoleón no deja de mostrar en una perspectiva más profunda intensos contrastes. Así, por ejemplo, el antiguo jacobino, el vencedor de Tolón y de la campaña de Italia y de Egipto, el salvador de la República va a terminar por devorarla; en 1804 **“le gouvernement de la République est confié à un empereur qui prend le titre d'empereur des Français”**. La nueva legitimidad se consagrará tomando Napoleón su corona de manos del Papa y coronando a Josephine. La extraña inscripción **“République Française. Napoléon empereur”** permanecerá en las monedas hasta el 1 de Enero de 1809.

Veamos más de cerca otra controvertida imagen napoleónica: de defensor acérrimo de la iglesia, a hereje enemigo y perseguidor implacable de la misma.

En una recopilación de la editorial Balmes (P. Zacarías de Llorens) llamada *Flores Eucarísticas* (1950) aparece una historia “La primera y la última comunión de Napoleón I”. **“Sé sobradamente cuál ha sido el día más feliz de mi vida. Tal vez os sorprenderá**

**pero en cuanto a mí, no he tenido otro día más feliz que el de mi Primera Comunión...".**

Además de estas tradiciones, el catecismo imperial (30) enseñado obligatoriamente a todos los niños subraya los trazos de la propaganda:

A la pregunta: ¿cómo Dios ha manifestado su voluntad de que el actual emperador y su sucesor ocupen el trono de Francia? se ha de responder: **"En conduisant l'Empereur par la main dans les circonstances les plus difficiles, en lui faisant obtenir partout la victoire et en lui donnant constamment la volonté pour le rétablissement de la société, de la justice et de notre sainte religion"**. En él se señala además que hay que **"révéler, aimer l'empereur, lui obéir et considérer en lui l'image de Dieu et le dépositaire de sa puissance sur terre"** y entre los deberes del cristiano **"Nous devons payer avec empressement les impositions nécessaires pour le maintien de l'État et nous ranger sous ses drapeaux pour la défense de notre patrie"** (31 y 32).

Observémosle ahora como impío y sanguinario perseguidor de la Iglesia Católica, como aparece en un curioso libro hallado en nuestra provincia:

**"En el año de 1814 hemos visto romperse aquella vara de tribulación que, según la expresión de un profeta, quitaba los reyes, derribaba los tronos y cubría la Europa entera de ruinas, de destrozos, de sangre y de cadáveres. Con la velocidad del rayo cayó aquel gran**

(30) Latreille, André, *Le Catéchisme impérial de 1806*, Paris, Les Belles Lettres, 1935.

Catecismo para el uso de todas las iglesias del imperio francés, aprobado por el Cardenal Caprara, mandado publicar por el emperador Napoleón, Madrid, imprenta de Villalpando, 1807. (En él no se traduce astutamente al completo el capítulo V, al que se refieren estos párrafos, sustituidos por el amor al monarca).

(31) "Llevando al Emperador de la mano en las circunstancias más difíciles, haciéndole obtener por doquier la victoria y dándole constantemente la voluntad para restablecer la sociedad, la justicia y nuestra santa religión"; "reverenciar, amar al emperador, obedecerle y considerarlo la imagen de Dios y el depositario de su poder sobre la tierra"; "debemos pagar raudamente los impuestos necesarios para el mantenimiento del estado y enrolarnos bajo sus banderas para la defensa de nuestra patria".

(32) Les chrétiens doivent au prince qui les gouverne, et nous devons en particulier à Napoléon Ier, notre Empereur, l'amour, le respect, l'obéissance, la fidélité, le service militaire, les tributs ordonnés pour la conservation, la défense de l'Empire et de son Trône; nous lui devons encore des prières ferventes pour son salut et pour la prospérité spirituelle et temporelle de l'État."

coloso, verdugo de los príncipes, de los pueblos y azote del género humano; y la Europa celebró su caída con el mayor júbilo. Jamás la humanidad tuvo alegría más dulce, más pura, y más completa que cuando supo la muerte civil del tirano Napoleón, que después de diez y ocho años se había declarado su enemigo mortal (...) La naturaleza parecía más risueña, el ayre mas puro y el suelo más gustoso por no pisarlo ya el monstruo que lo había regado con tanta sangre. Los verdaderos cristianos (...) no dexaban de bendecir a la Divina Providencia por haber libertado a la tierra de un tirano mil veces más cruel que los Nerones, los Dioclecianos y todos los demás emperadores paganos, pues el moderno Juliano había declarado a la Iglesia de Cristo y a sus ministros una guerra filosófica, tanto más cruel y refinada (...) para ultrajarla y destruirla.

De este moderno Atila hasta ahora nadie ha contado la larga serie de sus atentados contra la Iglesia de Dios; sólo con el tiempo se podrá conocer el espantoso encadenamiento de los crímenes por los quales este monstruo preparaba la ruina de la Religión y el triunfo del ateísmo. Estos cristianos se afligían al considerar que la pobre isla del Elba iba a servir de cueva a esta fiera, a quien Dios por sus juicios incomprensibles, ha querido conservar la vida para castigarnos hasta que hayamos procurado aplacar su ira con nuestro verdadero y sincero arrepentimiento” (33).

Contraste también entre las horas de gloria: “**Mil huit cent onze! Ô temps où les peuples sans nombre attendaient prosternés...**” (34) y los días del fin del imperio, cuando parece apagarse la estrella de Napoleón (Bainville en su *Napoléon* dirá “**il a décliné dès qu’il a cessé de dérouter**”). Días oscuros, desesperanzados, como señala Michelet aludiendo a su infancia: “**Moi, mon enfance et la fin de l’empire, l’attente sans espoir, sans désir, d’avoir languì, enfant dans les dernières années de l’Empire... Quelle sécheresse!, Quelle pauvreté! L’esprit tarissait, l’argent tarissait, le sang tarissait...**” (35).

Abril de 1814. Es el tiempo de la abdicación en Fontainebleau. El abandono, la traición más que la derrota abruman al emperador.

(33) *Persecución de la Iglesia por Napoleón Bonaparte* (1814) (Villahoz). Otros libros similares: Pedro de Ceballos, *Política peculiar de Bonaparte en cuanto a la religión católica, medios de que se vale para extinguirla y subyugar a los españoles por la seducción, ya que no puede dominarles por la fuerza*. Cádiz, 1811, 56 p.

(34) “¡Oh, 1811, tiempo en que pueblos innumerables esperaban a nuestros pies!”

(35) Maurois, André. *D’Aragon à Montherland*, op. cit., p. 205.

Desde que estuvo a punto de ser capturado por los cosacos en Rusia, Napoleón lleva veneno al cuello en un saco de tafetán negro y en la noche del 12 al 13 lo abre, pero el veneno no hace el efecto deseado y aunque exige una nueva dosis a su médico, éste, asustado, huye y desaparece para siempre. Tomándolo como una señal del destino, Napoleón recupera su calma y con la amarga ironía que le caracteriza añade **“On dit qu’un goujat (un asistente) vivant vaut mieux qu’un empereur mort...”**

Contrastes en el amor; las cartas que escribe a Josefina traducen un amor ingenuo y desesperado: **“J’ai une femme qui a quarante ans: du champ de bataille, je lui écris d’aller au bal”**(4 avril 1807) (36). Los celos colorean la campaña de Italia. Las traiciones de Josefina le hacen hablar como un romántico: **“J’ai besoin de solitude et d’isolement. Les grandeurs m’ennuient, le sentiment est desséché, la gloire est fade. À vingt-neuf ans, j’ai tout épuisé”**. En 1814, desde Brienne, cuando su fortuna comienza a sucumbir y habla de su muerte como una bienaventuranza, aún la añora **“mais je voudrais revoir une seule fois Joséphine”** (que morirá poco más tarde, en la Malmaison, mientras Napoleón permanece en Elba). Hasta Sigmund Freud en una carta a Thomas Mann en 1936 se ocupa de desentrañar el misterio de este profundo amor por la coqueta Josefina. O recordemos la miniatura de María Walewska, que le dará un hijo, Alejandro, encontrada en su coche en Waterloo.

Mas el propio Bonaparte sostenía que **“en amour, la seule victoire, c’est la fuite”**, de ahí sus varias amantes, sobre todo rubias (37) a las que Su Majestad realiza galantes visitas en Saint Cloud **“en pantalon de nuit, sans souliers et sans pantoufles”** mientras Josefina apostaba con poco éxito alguna centinela en los pasillos.

Contrastes también en el lujo y la etiqueta, en pugna con su humilde origen y su talante sencillo. De su espartana condición guerrera y su desapego de las comodidades a las pompas exquisitas. Primer general y primer ciudadano del mundo, conquistador glorioso, reformador ejemplar, Napoleón va a cambiar esta corona cívica por la diadema de los reyes, y organiza una casa imperial con una regulada y estricta etiqueta que será objeto de cierta ironía en una crónica de 1837: **“Así se vió aparecer, una bella mañana, el más hermoso libri-**

(36) Napoléon, *Lettres d’amour à Josephine*, prés. J. Tulard, éd. ét. Chantal de Tourtier-Bonazzi, Paris, Fayard, 1981.

(37) Touchard-Lafosse, G. *Chroniques des Tuileries et du Luxembourg*, Bruxelles, Méline, Cans et compagnie, 1837. Chapitre VII, Les favorites de l’empereur.



to del mundo titulado “Des etiquettes de la cour de Napoléon”, digesto de un antiguo libro, comido por los ratones y en cuya portada asomaba una gran flor de lis dorada, presentado por un erudito a esa corte, resumen de lo que había constituido la etiqueta de la corte francesa bajo los tres últimos Borbones, que puso al día M. Aignan.” Contraste también de la heráldica flor de lis borbónica con la flor imperial, la humilde y fragante violeta.

La vida de Napoleón es rica en imágenes contrapuestas: revolucionario encarcelado, general victorioso, cónsul republicano, emperador absoluto, monarca liberal en sus proclamas...

Tras el golpe de estado del 18 brumario, Napoleón entra por la gran puerta de la historia; aún le queda por delante su mayor obra: la epopeya imperial. Con el pelo largo, la tez cetrina, las uñas sucias, un joven general con perfil de águila ha conquistado para la república sus mayores títulos de gloria, pero salvándola, la da el golpe de gracia. Las banderas tricolores se verán coronadas bien pronto por las águilas imperiales. Si Napoleón continúa la Revolución será para fundar el estado moderno. “**C’est que rien m’effacera, ce qui vivra éternellement, c’est mon Code Civil**” La administración imperial –preocupada por garantizar la estricta igualdad de los ciudadanos bajo una misma autoridad– supervisará y organizará todo, con una eficiencia envidiable, a veces apoyándose en personajes como Fouché ministro de policía o Talleyrand: “**el vicio apoyado sobre el brazo del crimen**” dirá de esta asociación Chateaubriand. Pudiéramos pensar que poco a poco “**déjà Napoléon perçait sous Bonaparte**”.

La columna Vendôme –paradigma del culto napoleónico– erigida entre 1806 y 1810 pudiera simbolizar la referencia a la antigüedad (la columna Trajana en Roma), la guerra (el bronce proviene de los cañones tomados en Austerlitz) y la sustitución de los emblemas revolucionarios por los signos imperiales. Apoteosis de los ciudadanos en armas, está dedicada a la Grande Armée –el ejército napoleónico–, marca el triunfo de una razón más al servicio de la conquista que de las libertades.

Obra maestra del arte oficial como las pinturas de David, Girodet, Gros... La pintura imperial no es solamente heroica –la batalla como manifestación extrema de la energía, historia concentrada– sino que abordará todas las manifestaciones de la sensibilidad. Inacabado –o esbozado– como la empresa imperial, el retrato de Napoleón por Girodet parece reflejar la desmesura, alentando a la vez la

utopía. Convertido en figura imaginaria, el Emperador alcanza la dimensión de los sueños.

Mas he aquí el final del sueño. Napoleón en el puente del Northumberland en ruta hacia Santa Elena, un Napoleón envejecido, obeso, con un rictus amargo, apoyado sobre un cañón inglés, en un barco inglés, en ruta hacia un triste e inhóspito paraje inglés. Las manos que habían tantas veces dirigido a las tropas o usado la pluma para escribir los boletines de la Grande Armée, o despojado de coronas a viejas dinastías, están ahora ociosas y metidas en los bolsillos.

Tras la leyenda llega la hora del mito. Grandeza y decadencia, apoteosis y ruina, poder y cautividad. Será la literatura quien restaurará el brillo de las águilas pisoteadas y de aquél que las paseó triunfantes por Europa.

## BURGOS

Pero volvamos unos años atrás y centremos nuestra atención sobre una pequeña y aún amurallada ciudad en Castilla: Burgos, en palabras de José Bonaparte, el hermano de Napoleón, la primera ciudad del reino, sobre la que tragedias y severos acontecimientos van a cernirse en estos primeros años del nuevo siglo: plaga de langosta en 1798, sequía en 1803, plaga de tabardillo pintado en 1804, nueva sequía en 1805, y a partir de 1807 guarnición francesa, casi nunca menor de cuatro mil soldados –muchas veces mayor– por su valor estratégico de enclave básico de defensa y control.

Manejemos algunos datos: Francia tras la Revolución tiene unos 32 millones de habitantes, de los que 11,5 millones tienen menos de 19 años, y París rondará en esta época los 650.000 habitantes. España cuenta con unos 10 u 11 millones de almas. Burgos, en el censo de 1787, 13614 habitantes; unos 12000 en 1822.

Los viajeros y curiosos que la visitan entre 1800 y 1811 señalan sus méritos artísticos y la riqueza de su patrimonio. Isidoro Bosarte, secretario de la Academia de San Fernando, en otoño de 1802: **“La situación de Burgos es tan amena que parece dictada por los poetas, admira sus ruinas (castillo) y sus iglesias. No hay pueblo más religioso que Burgos. Todas sus iglesias se ven como a compe-**

tencia a qual más adornadas, servidas con un aseo y cuidado ciertamente laudables, suntuosidad de la catedral, pinturas y esculturas tan abundantes que su catálogo debería llenar mucho papel... sepulcros, casas, rejas... ¡Qué embeleso tan agradable para mí tener que pararme en Burgos a cada paso!”.

En el tomo III de su *Itinerario descriptivo*, Alexandre de Laborde, describe además de las riquezas artísticas la ciudad: “Viven en ella unos ocho o nueve mil habitantes, con un arrabal de Vega a la izquierda del río con numerosos conventos y hospitales y muchos jardines con fuentes. Una ciudad grande, irregular, construida en forma de media luna: Esta cercada de murallas antiguas; sus calles son estrechas, desiguales y tortuosas; algunas son bastante bellas, por ejemplo la que lleva a la iglesia metropolitana. Hay varias plazas; una sola es notable, rodeada de soportales. Las fuentes son abundantes y numerosas, adornadas con estatuas. Hay varias puertas, la de Santa María que da a uno de los puentes del Arlanzón es de muy buen gusto...” pero añade: “ciudad muy triste, donde no se encuentra ningún tipo de placer y sin vida social, su situación cerca del río hace que una estancia en ella sea poco grata; su clima es frío y húmedo”.

Esta tristeza, previa a la guerra, impacta en otros viajeros como Amade: “Burgos se parece más bien a un pueblo grande que a una capital. No tiene comercio, industria ni vida social y sus habitantes tan tristes como el cerro elevado en el que está edificada la ciudad” (38). Para la Duquesa de Abrantes, mujer del mariscal Junot, Burgos, ciudad antigua, de la que describe minuciosamente la Catedral y la puerta de Santa María, es también poco animada (39).

Pero algunos viajeros no son tan inocentes. Durante el año 1807, Napoleón se dedica a informarse por medio de sus oficiales, emba-

---

(38) Sí le llaman la atención las estatuas colosales del Arco de Santa María. Unos años más tarde también se fijará en él el Marqués de Custine *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, 1838, 2 tomos. Amade, M. *Voyage en Espagne ou Lettres philosophiques contenant l'histoire générale des dernières guerres de la péninsule*, París, 2 tomos, 1823.

(39) “ahora pobre, abandonada, sin ningún comercio, apenas con diez mil habitantes, con un “río pequeño que la embellece bastante”, de “casas altas como en todas las viejas ciudades españolas, forma un semicírculo alrededor de una montaña en lo alto de la cual está un Castillo del que sólo quedan ruinas. Ciudad noble “como si estuviera a punto de acoger caballeros” “En ella se encuentran muchas fuentes; también hay una plaza muy ancha y adornada con balcones, pero regularmente construida. Las casas están edificadas sobre pilares, que forman alrededor como un claustro”.

jadores y emisarios de los puntos que le interesan (40). Así Tournon, Vandeul (“un spécialiste des affaires d’Espagne”), Blondel y en general todas las gentes que se encontraban en contacto con los españoles fueron invitadas a vigilar cuidadosamente y a escribir diariamente a París comunicando sus observaciones. Informes en que se llegaba a conclusiones como éstas en diciembre de 1807: **“Todos los ojos están vueltos hacia el Emperador. España, en sus desgracias, mira a su Majestad Imperial como el único apoyo que puede salvarla; se espera que se dignará tomar al príncipe de Asturias bajo su protección, elegirle una mujer (41) y librar a España de la tiranía que la oprime... No puede hacerse idea de la ruina en que se encuentra España”**.

España era un país con graves problemas financieros y los recursos del imperio español se malgastaban sin acertar a levantar la maltrecha economía. En relación a ella, con un extraño error de apreciación, señalemos dos mitos de los que el emperador no supo liberarse: las rentas de América y las joyas de la corona (42). Los botines más fabulosos de Europa, de los que esperaba obtener los fondos necesarios para sus proyectos (43).

Murat y otros generales pasan por Burgos. Con la llegada de Bessières, a finales de Marzo de 1808, se dió a entender que Napoleón venía a Burgos y como indica Salvá se solicita que “la población hiciese cuanto en lo humano cupiera para recibir con gran aparato y ostentosas fiestas al amo de Europa, aliado nuestro”.

**“AVISO AL PUBLICO del Corregidor e Intendente: Debiendo llegar de un día a otro a esta Ciudad S.M.I. y R. el Gran Napoleón Invicto Emperador de los Franceses, deben gloriarse todos los habi-**

(40) Opinión del pueblo sobre su actual gobierno, los franceses, estado del ejército, plazas fuertes, comunicaciones, poder y apoyos del partido fernandino, sentimientos hacia el Emperador, disposición de los oficiales civiles y militares, redactando para él extensos y minuciosos informes.

(41) Napoleón piensa ahora en la hija de su hermano Luciano, Carlota. Más tarde, ya en Valençay, Fernando VII solicitará se le conceda una princesa de la familia de Napoleón.

(42) Ordena que se realice una profunda investigación en busca de los diamantes de la corona. La Forest, “procónsul” de Napoleón en España llega a la conclusión de que han sido robados, como los depósitos de oro y plata de la Casa de la Moneda... (cfr. Artola, *op. cit.*, p. 105.)

(43) Primero únicamente militares (la dominación efectiva de la península) y más tarde políticos, tras el Motín de Aranjuez, la caída de Godoy o la abdicación de Carlos IV (anexión de provincias o “marcas”, despojo, idea de una sustitución de dinastía... Cfr. Artola, Miguel, *Los Afrancesados*, Barcelona, Altaya, 1997, p. 104.

tantes de tener en su Pueblo a un Héroe superior a los conocidos en la historia. Es la voluntad del Rey nuestro Señor se le hagan los mismos honores vivos y aclamaciones que si fuera a su misma Real Persona y no puede hacerse al Rey mayor servicio, que conformarse en todo a ésta su Real Orden.

Así me lo prometo del tan acendrado celo y fidelidad de los habitantes de esta Ciudad, que en todas ocasiones acreditan con tanta particularidad su amor al Rey, y estoy seguro de que darán pruebas del alto aprecio con que admiran al Augusto Soberano de una Nación la más estrecha y fiel aliada de S. Majestad y de la España, Burgos y Abril 9 de 1808. Josef Bernardo Iñigo de Angulo”.

Como señala Salvá, con este fin se unieron el Consulado y el Ayuntamiento para preparar esta llegada. Se dispuso alojamiento en el Palacio Arzobispal presentándose un comisario francés que manifestó que era necesario disponer de muchas más camas y algunas de lujo para el séquito del emperador y que el gabinete de éste tendría que estar tapiado por todos lados, excepto la puerta de entrada y salida, sin que se pusiera a dormir a nadie en sus inmediaciones, pues Napoleón acostumbraba a tener en su compañía de noche un mameluco que dormía sobre un colchón en el suelo a los pies de la cama de su amo y señor.

Este célebre mameluco era Roustam, guardaespaldas personal de Napoleón, de origen armenio. En palabras de Constant, criado personal de Bonaparte: “**Roustam estaba en todos los viajes, en todos los cortejos, y, lo que más le honraba, en todas las batallas. En el brillante estado mayor que seguía al emperador, destacaba más que cualquier otro por el fasto de su rico traje oriental. Su contemplación tenía un efecto prodigioso, sobre todo en las gentes humildes y en provincias**”. Mas Napoleón no vino.

Entre mayo y junio de 1808, con la familia real ya trasladada a Francia, el ejército francés asegura la ruta entre Madrid y París, y el acceso libre a Portugal, arrinconando a los ejércitos españoles y sus aliados ingleses.

Las tropas francesas de guarnición en Burgos se quejan de desprecios e insultos, solicitando se les abriese un café distinto al de los paisanos (ya que sólo existía el del Arco del Mercado). José I, nuevo rey, llega a Burgos con su séquito el 16 de Julio y es recibido con frialdad, de camino a la capital del reino. (Burgos será la última ciudad ocupada en jurar al nuevo monarca).

Tras la derrota de Bailén, pocos días después, Burgos asiste a la retirada de las tropas francesas y del rey intruso hacia Vitoria. Es la hora de la insurrección y las canciones **“No llores madre querida/ porque a la guerra me voy/ que el que no mata franceses/ no tiene perdón de Dios/”**.

Pero Bonaparte no va a dejar sin respuesta esta derrota:

“Dentro de algunos días marchó a ponerme al frente de mi ejército y con ayuda de Dios coronar en Madrid al rey de España y plantar mis águilas en los muros de Lisboa”; Napoleón sale de París el 19 de octubre (1808) y el 5 de Noviembre sitúa su cuartel general en Vitoria.

El día 6 de noviembre el emperador se hace cargo del mando supremo y actuará como rey efectivo de España hasta que abandone Madrid el 22 de diciembre para ocuparse de los asuntos de Prusia.

Esta maniobra de Napoleón, de quien se teme nombre un virrey y divida al país en feudos militares, hará gozar de la mayor popularidad en su corto reinado a José, tenido para muchos como el único intermediario y la mejor solución para España. El emperador no confía en José, proclive a convertirse en rey de los españoles, absoluto y libre **“No deben esperar de mí que gobierne España únicamente para el bien de Francia”**. El 10 de Noviembre, a la zaga de su hermano, en retaguardia, con los furgones de la impedimenta, José Bonaparte se ve postergado y avergonzado y desea abandonar su corona (cartas desde Miranda de Ebro y Briviesca), lo que hará oficial el 8 de Diciembre.

Desde el ocho de noviembre –Napoleón ya está en Cubo de Bureba–, se libra en Orbaneja, Villafría, Villímar y Gamonal la batalla, conocida bajo este nombre, entre las tropas españolas del ejército de Extremadura (muy bisoñas) y el ejército francés veterano de cien contiendas que el día 10 irrumpe en la ciudad y la saquea, abandonándola gran parte de su población. El mismo día el mariscal Victor derrotaba al ejército de Galicia en Espinosa de los Monteros.

La tropa asalta los edificios particulares y religiosos a la búsqueda de botín, no respetando altares ni sepulcros, abandonando a toda prisa las comunidades sus monasterios e iglesias. Poseemos un extraordinario relato de estos avatares del padre prior del convento del Carmen Descalzo, escondido en la bóveda de la iglesia de su convento. El Padre José de la Madre de Dios anotará con letra menuda, en una veintena de páginas, una *“Relación de lo sucedido en el Convento de Carmelitas descalzos de la ciudad de Burgos, desde*

la primera entrada de los franceses el año 1807, hasta el año 1814, en que vino Fernando VII a España, después de su cautividad" (44). En el mismo convento hallaremos otra pequeña relación manuscrita y anónima de estos días. Dice así: **"Eran como las once y cuarto, (del día 10) cuando concluimos la misa... me dicen que entran los franceses en Burgos....** Atemorizado, busca refugio y desde su escondite en las bóvedas del templo junto a un ventanuco,": **un poco retirado, veo venir a los franceses por dicho puente (de Santa María), tocando sus trompetas y abanzando con bastante ligereza hacia el hospital del Rey y en tanto número que parecían exambres de abejas, cuando se desfilaban entre los chopos.**"No es possible que yo pueda explicar el pavor que estuve poseido toda aquella tarde.. "el horroroso estrépito del saqueo",... "los golpes y violencias",... el **desenfrenado furor**". Nuestro pobre padre prior pasa varios días oculto, en sobresalto continuo, con alguna excursión a la cocina para encontrar **"un poco de potage de garvanzo con arroz que habían dejado los franceses el día anterior en la cocina por no ser aficionados a este género de alimento"**, escondite que sólo abandonará después de tres días **"persuadido de que Napoleón había mandado cesasen las crueldades anteriores"**, aunque su vida no será ya fácil: **"Dos ogazas pequeñas de pan nos lo quitaron y también las mudas que teníamos en la cocinilla"** y verá su convento transformado en almacén de grano y después carnicería y la iglesia en establo de bueyes, antes de escapar de Burgos, a donde regresará en 1813.

El día siguiente, 11 de Noviembre, fiesta de San Martín, entra en Burgos el emperador Napoleón, acompañado de varios generales, cesando desde aquel momento los desórdenes. Así lo cuenta un anónimo cronista catedralicio: **"Y en el día once llegó a esta ciudad el Emperador Napoleón Bonaparte y permaneció en ella como quince días poco más o menos dirigiendo su ruta a Madrid y León. Esta Santa Iglesia fue preservada del saqueo excepto el Vino, Aceite y Cera, pero todas las demás Iglesias Parroquiales y combentos sufrieron el saqueo, como todas las casas de la Ciudad, quantos paisanos se encontraban en las calles eran muertos, y aún en sus casas, todo se despobló, hasta las Monjas, se incendió por tres partes la Ciudad...** (45).

No podemos imaginar la impresión causada en Napoleón por una ciudad saqueada e incendiada que, según su hermano José era

(44) F. Valentín de la Cruz. *Boletín Institución Fernán González*, n.º 165, págs. 742 y ss.

(45) A.C.B. *Libro Redondo de 1808*, fol. 2.

la primera ciudad del reino. Entra de noche, en medio de un frío intensísimo, rodeado de su guardia, y parece ser que Napoleón se hospeda en el Consulado -sus caballos, faltos de espacio, en el parador de Zamorano, en el arrabal de Vega-, donde se establece una guardia en los patios de la parte posterior del edificio con orden de que nadie se asomase a las ventanas y allí se declara dueño y señor de Burgos a pesar de que el rey de España era su hermano (según relata Salvá). Se sabe -indica también Salvá- que se detuvo largo rato a caballo en medio del puente de Santa María, desde donde contempló con su séquito y con anteojos y en grave silencio el Arco de Santa María -atractivo señalado ya por otros viajeros-. Napoleón observaría con curiosidad y detenimiento -y supongo gran respeto- la estatua del gran emperador de Europa, Carlos, y su peana, donde se señalan pasadas victorias sobre los franceses (46). Subió al Castillo examinando detenidamente la fortaleza, con detalladas instrucciones para su restauración y consolidación, y visita la Cartuja, atando su caballo al árbol en que según la tradición ataba el suyo Juan II, quedando tan impresionado por la belleza del sepulcro del rey, que quiere trasladarlo a París.

Tan pronto como ocupa la ciudad, Napoleón designa una persona, el afrancesado canónigo de Lerma, Arribas, hermano del ministro de Policía, para que actúe como autoridad eclesiástica, ya que el Arzobispo está ausente y el Cabildo en su mayor parte ha huído. La celebración de Cabildos y cultos se verá suspendida hasta el 12 de enero de 1809. Desde Burgos declara enemigos y traidores a las personalidades que se le oponen, confiscando sus bienes y ofrece una amnistía en nombre propio y de su hermano. El mismo 11 de Noviembre dicta un decreto nombrando a Juan Ceballos corregidor de Burgos. En el concejo aparece Felipe Aviraneta, padre de un literario y posterior conspirador (47). Y en carta a su hermano José le indica **“la posición de Burgos es igualmente importante mantenerla, como ciudad de gran nombre y como centro de comunicaciones y de**

(46) Nuevo contraste; pocos años después, en los primeros días del trienio liberal la figura de Carlos V sufre mutilaciones y está a punto de ser echada abajo por algunos exaltados burgaleses (que también picarán la corona de Juan II en la Cartuja -ya bastante castigada por su transformación en cuartel de caballería en la ocupación-).

(47) Cfr. Ortiz Armengol, Pedro. *Aviraneta o la intriga*. Espasa Calpe, Madrid, 1994, p. 17-19 y 40-57. La cita debo agradecerla al Dr. J. Manuel López Gómez, que presentó amablemente mi conferencia en la Institución Fernán González en la primavera de 1998.



**informaciones y sede del ejército del Norte.**” Otros decretos tienen que ver con la suspensión del culto y la incautación y venta de bienes de conventos y monasterios. Los abundantes conventos de la ciudad se utilizaron para albergar los numerosos regimientos que se concentraban o pasaban por Burgos (48). Napoleón se pone en marcha hacia Madrid el día 22, en una brillante campaña militar.

Un nuevo gobernador, tras Darmagnac, es nombrado por Napoleón a finales de año, el general Thiebault, que alude a su antecesor con suma dureza: **“antiguo cocinero, que unía a la ignorancia de un marmitón la brutalidad de un plebeyo, en cuyo gobierno de poco más de sesenta días, el pillaje y la devastación persistió con frenesí del cual es imposible dar una idea”** (49).

A finales de este año de 1808, camino de Burgos desde Valladolid para hacerse cargo de su gobierno, Thiebault se encuentra de improviso con la calesa del emperador que regresa veloz a París con una pequeña escolta, marcando todo un record para la época al recorrer treinta y cinco leguas españolas en cinco horas y media. Nuestro general seguirá las huellas de Napoleón como veremos. Su entrada en Burgos nos la relatará dantesca con más de tres pies de inmundicias, carroñas de caballos insepultos, miles de enfermos aquejados de peste sin otro abrigo que la paja, cobijados en conventos abandonados, donde morían de frío, sin cuidados, entre sus propios excrementos. Unos pocos días antes el Ayuntamiento expresa su patética preocupación en que para enjugar en lo posible el llanto del vecindario y tratar de alimentar a los más menesterosos ordena se recojan mendrugos de pan para preparar una especie de cocimiento o sopa gratuita que mitigue el hambre terrible de que el vecindario es víctima, así como los pobres presos de la cárcel. El gobernador anterior, Darmagnac, parecía haber sacado provecho propio –ayudado y asesorado por un español de Palenzuela– del espantoso estado de penuria y escasez reinante. Thiebault se enfrenta a una ciudad de la que ha huído gran parte de su población, sin comercios ni mercados, cargada de enfermos y hambrientos. **“Una ciudad que unía a su clima en invierno tan nuboso y frío una pestilencia inmunda. Todo tenía aspecto de muerte y desolación”**. A partir de Enero, se pondrá en mar-

(48) Como bien indica Lena Saladina Iglesias en su obra *Arquitectura y Urbanismo de Burgos bajo el Reformismo Ilustrado, (1747-1813)*: “los graves destrozos en sus fábricas no deben ocultar una de las mayores pérdidas: la de los ricos fondos documentales de sus archivos, que alimentaron las fogatas, una vez consumida la leña en este crudo invierno burgalés”. A.M.B. Gob. Legs. 234 y 366.

(49) *Mémoires*, Thiebault, op.cit., IV, p. 281.

cha el proceso de limpieza y adecentamiento de la ciudad mejorando notablemente sus condiciones con el gobierno de Thiebault, que desde el primer día señala que de la violencia y el terror nada se puede obtener. Los jefes militares franceses conmovidos por el estado de miseria en que se encuentra gran parte de la población a causa de la guerra, organizan para su socorro una denominada “sopa económica del Conde Promfort” en la que colabora el Cabildo. Un médico francés se ocupa de su preparación.

Thiebault llega a Burgos cuando Napoleón ya ha partido de vuelta hacia París. Le hospedan en la misma habitación que éste ha ocupado en el Palacio Arzobispal: **“La cama del emperador permanecía aún sin hacer, la mesa en desorden, llena de trozos de papel y de plumas. Todo denotaba su presencia. Durante unas horas aquella habitación había sido el centro del mundo”**, reflejará Thiebault en sus *Mémoires*. Hegel, en Jena, en 1806 había tenido la misma sensación: **“J’ai vu, apunta Hegel, l’empereur, cette âme du monde (...) C’est une sensation merveilleuse de voir un pareil homme qui, concentré ici sur un point, assis sur son cheval, s’étend sur le monde et le domine”** (50).

Por si volvía Napoleón, en noviembre de 1809 se requieren fondos con urgencia al Arzobispo y Cabildo: **“para contribuir al amueblage (sic) y adorno del palacio Arzobispal destinado para hospedaje de Su Majestad Imperial y Real”** (51).

Menos conocido que el del Ayuntamiento, el papel del Cabildo (52) durante estos años –humanitario y bienhechor para la ciudad– es de gran interés, a pesar de la ausencia de muchos prebendados y del pequeño margen que la ocupación continuada e intensa de la ciudad por el ejército francés ofrecía y del importante quebranto económico sufrido por disminución de ingresos de las

(50) “He visto al emperador, este alma del mundo (...) es una sensación maravillosa ver a un hombre tal concentrado aquí en un punto, a caballo, que se extiende sobre el mundo y lo domina.”

(51) A.C.B., R. 126, fol. 149-150.

(52) Remito al libro de Ángel Gonzalo Gozalo, *El Cabildo de la Catedral de Burgos en el siglo XIX (1808-1902)*, Baena, 1993. Destaquemos la permanente prudencia, creando por ejemplo la figura de los “Visitadores de Personajes” para acudir más cautamente a las reuniones con la administración impuesta y el mando militar francés; su cortés y calculada ambigüedad (dado el control riguroso por la administración francesa del clero como factor y garante de la paz y la tranquilidad de las gentes); sus acertadas decisiones sobre la salvaguarda de la Catedral y de los tesoros artísticos de la ciudad y el talante humanitario y de beneficencia, que contribuye a paliar la miseria de estos días.

rentas agrarias, exacciones de los administraciones y ejércitos de ambos bandos, destrucción de edificios (en los primeros días de la ocupación y en 1812 por la fortificación y asedio del castillo), contribuciones varias (como por ejemplo para la remodelación o construcción del nuevo paseo del Espolón), o pérdida de alhajas **“esta miserable fábrica a quien robó Napoleón todas las excogidas (sic) y cuantiosas alhajas de oro y plata que tenía...”** incluyendo la Custodia de Arfe **“la primorosa que robó el ejército de Napoleón que valía millón y medio (más de 162 libras de peso) (53).** Señalemos, hecho obligado por las autoridades de ocupación, un Te Deum en la Catedral en agosto de 1810 en el aniversario del nacimiento de Napoleón (54).

Mas Napoleón no ha olvidado Burgos, sobre todo al considerar el castillo como posible almacén central de pertrechos de sus tropas en España. Por orden suya Berthier escribe a Bessières una carta en junio de 1811, encareciéndole la mayor actividad en las construcciones y dotación de artillería para la fortaleza (seis morteros, seis obuses y otras piezas de campaña, bien municionadas). La carta expresa que el emperador desea recibir, cada quince días, informes concretos del estado de las obras. La fuerza militar francesa podía contar entonces en Burgos con unos 30.000 hombres, que irán replegándose lentamente sobre Vitoria.

El 18 de septiembre de 1812 llegan las tropas angloespañolas que intentan reconquistar la fortaleza a la que ponen sitio, con los consiguientes daños para la ciudad. El asedio entre los meses de septiembre y octubre de 1812 es dirigido por Wellington, pero el castillo resiste, a pesar de la caída del hornabeque del cerro de San Miguel, bien defendido por Dubreton (55).

---

(53) En los días inmediatos previos a la ocupación un canónigo había sido comisionado para empaquetar y sacar discretamente de la ciudad las alhajas y reliquias más valiosas. Una relación de las alhajas perdidas puede verse en A.C.B. R. 127, fol. 421-422 (Unas 84 arrobas de plata en alhajas y vasos sagrados) A.C.B. R. 141, fol 2.

(54) Algunas pruebas de su forzosa diplomacia las tenemos en el Te Deum para festejar “la pacificación de las Andalucías” en Marzo de 1810, y en el celebrado para conmemorar el aniversario del nacimiento del Emperador en Agosto del mismo año con un estudiado orden protocolario (A.C.B. R. 126, fol. 287.), o la onomástica del rey José dotando a varias doncellas pobres.

(55) Belmas, J. *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule de 1807 a 1814*, Paris, 1877. Existe una moderna y detallada relación, sobre las peripecias de la ocupación francesa de la fortaleza, no publicada, en la Biblioteca del Museo Regional del Ejército de Burgos: “La resistencia de las tropas francesas en el Castillo de Burgos”, de C. J. Barrios Fernández y C. J. Barrios Aguirre.

Un cronista capitular, Nicolás Rodríguez, se refiere a este periodo (Septiembre 1812): **“Se celebraron las misas en la capilla del Cristo por hallarse a cada paso reliquias de las balas disparadas del Castillo que cruzaban de parte a parte la iglesia”** y los días siguientes, con un lacónico **“Sigue el fuego”**. En estos días es descubierta una logia masónica (con toda probabilidad de origen francés), con siete banquetillos y cuarenta y una sillas de paja –la casa de los “farmasones”– en la colación de San Nicolás (56).

Tras la retirada inglesa y la reacción francesa, se van anunciando los últimos días (57) de la presencia gala en la península, retrocediendo José I hacia el país vecino en 1813. Entre Marzo y Mayo se encuentra en Valladolid y en Junio, con una gran impedimenta de carros y furgones *“El Equipaje del rey José”* entra en Burgos para salir rápidamente hacia Vitoria, donde una nueva derrota hará que el ejército napoleónico abandone definitivamente España. En esta precipitada salida (a las 4 de la mañana abandona Burgos el cuartel general francés) se vuela la fortaleza, a las seis de la madrugada, el 13 de junio 1813, con muchos muertos entre los franceses y ninguno, a pesar de los daños recibidos por la ciudad, entre los habitantes. Observemos en este mismo día la acertadísima recomendación del ayuntamiento: **“Estando en todo tiempo prohibido ofender a otro de palabra o de obra, no es de creer que en los críticos momentos en que es más recomendable este precepto, haya quien se atreva a insultar o maltratar a persona alguna, cualquiera que haya sido la opinión y conducta hasta el presente, ni menos que no se respete como un sagrado los hospitales donde se hallaren los militares enfermos. Las propiedades y pertenencias así del público como de los ciudadanos particulares merecen en estas circunstancias los mayores respetos y jamás es permitido apropiarse uno de lo que a otro pertenece. Bien convencidos todos de esta verdad, ninguno habrá que tenga el osado atrevimiento de franquear casa alguna, ya sea de las que ocupaban los militares y empleados franceses y los españoles que les han seguido, o ya de los que han quedado bajo de la protección de las leyes y autoridades. Burgos y Junio 13 de 1813. Thomas Calleja, Andrés Frayle y Manuel de Quevedo”**.

(56) A.M.B., A-8-2.

(57) El 6 de Enero de 1813, en un golpe de mano, la partida del Cura Merino asalta y captura la guarnición del hornabeque de San Miguel, retirándose tras su acción.

Burgos, ya en 1816, solicita la concesión de materiales del Castillo arruinado **“para atender con ellos la composición de manguardias y empedrados que han destruido los franceses”** (58). En exposición de la ciudad dirigida al rey en 1820 se resumen los sufrimientos de Burgos en el largo periodo de la guerra **“... En los seis años que constantemente la ocuparon los ejércitos franceses, además de los inmensos daños que consiguientes a la esclavitud sufrió de su tiránico gobierno, fue tal el destrozo de sus edificios que hoy se ve en falta de más de 800 casas, cinco parroquias magníficas y nueve conventos que arruinaron dentro de su casco y otros muchos que dejaron maltratados y de costosa reparación; (...) fortificaron un hermoso castillo que existía en la cima de la montaña que domina la ciudad, construyendo otras muchas obras de defensa... a costa de los pobres habitantes... que hicieron servir como bestias de carga”**, relatando posteriormente la explosión del castillo y otras vicisitudes de la ciudad (59), que también son contados en una cartela de la iglesia de San Esteban.

Pero la llegada constante de franceses y la imposición progresiva de costumbres extrañas (60), durante la ocupación, marcaron también algunos beneficios futuros aun en medio de tanta adversidad. Las autoridades francesas se hallan imbuídas de los preceptos de higiene, limpieza y sanidad, y el desarrollo de los servicios públicos, y de un nuevo urbanismo empiezan a hacerse patentes (61). Desde Madrid se insistía en órdenes de José I pretendiendo una nueva fisionomía acorde con la adquisición de un carácter administrativo como capital de provincia. Las incautaciones de libros y documentos favorecerán la creación del Archivo y Biblioteca, depositándolos en el Colegio de San Jerónimo, luego Universidad Pontificia; lo que se llamó en 1812 Provincia del Arlanzón es el precedente remoto de la actual división administrativa de Burgos. Su posición estratégica la hará capital del 5.º Gobierno (62), lo que llevaba aparejada una

(58) A.M.B, Actas 1816, fol. 24, 29 Enero.

(59) Archivo Municipal, Est. 17, tab. 4, cappl, cit. en López Mata, Teófilo, *La Provincia de Burgos en sus aspectos histórico y artístico*, Burgos, s.f. Imprenta de la Diputación Provincial, p. 157-158.

(60) A.M.B. Gob. Legs. 234 y 238.

(61) Intervenciones similares se dan en las principales ciudades ocupadas por los franceses. Véase Iglesias Rouco, *Arquitectura y Urbanismo...*, p. 27.

(62) Napoleón, renunciando al sistema federativo y familiar, aplica el sistema francés **“España pertenece al emperador por derecho de conquista”**-, es decir, una práctica anexión de las provincias del norte hasta el Ebro y el Duero, asumiendo en estos territorios un poder completo y efectivo, suprimiendo la antigua administra-

Junta Criminal que administraba justicia, antecesora de la posterior Audiencia Territorial, y asimismo sede de gobierno militar.

Y también se exporta alguna costumbre muy nuestra, ya que es el ejército de Napoleón quien trae de España, con la palabra guerrilla y guerrillero, el uso del pequeño cigarro denominado ya en 1811 **cigarite**, cigarito o cigarrete (una pequeña y simple hoja de tabaco enrollada). Napoleón, al contrario que sus soldados y muchos de sus mariscales, detestaba el tabaco, particularmente la pipa de la que opinaba que servía para entretener a los ociosos.

El 11 de Diciembre de 1813 Napoleón reconoce a Fernando VII como rey de España, dando por perdida definitivamente la península. Aquí acaba el reinado del rey José, al que han seguido a Francia casi 12000 familias de afrancesados y partidarios (63). El 13 Noviembre de 1814 se procede a la proclamación de Fernando VII (que penetra en España por Cataluña, el 22 de Marzo de 1814) en la ciudad de Burgos, con tablados en varios puntos de la ciudad, funciones y arquitecturas efímeras (64), carros triunfales, lienzos describiendo escenas del valeroso pueblo burgalés en lucha contra los invasores, disfraces y canciones como ésta **“Del Arlanzón aclaman/ las bellas Ninfas/ al séptimo Fernando/ con muchas vivas”**, mientras Napoleón ha abdicado y se encuentra en Elba.

En 1815 se conmemorará la muerte de los **“mártires burgaleses de la Independencia”**, con el entierro solemne de sus restos en el camposanto (creado por orden francesa) del convento de san Agustín acompañados de un gran lienzo en el que se describía el momento de su muerte (65). Napoleón, entretanto, ha sido

ción. Cfr. Artola, M. *Los Afrancesados*, p. 144. El 29 de Mayo de 1810 se añade un 5.º gobierno con sede en Burgos: “La provincia de Burgos formará un gobierno particular bajo el título de 5.º gobierno de España” tras los de Cataluña, Aragón, Vizcaya y Navarra.

(63) Opción justificada en sus explicaciones: “prescindiendo de que, mandándonos nuestros soberanos legítimos obedecer al rey Don José I, que por este acto legitimaban, no podíamos elegir otro partido honroso, los intereses verdaderos de la patria nos obligaban a ello. Todas las naciones del continente europeo cedían al poder colosal del Emperador de los franceses, y la España sola no podía resistirsele” Amorós, *op. cit.*, p. 49.

(64) Albarellos, Juan. *Efemérides Burgalesas*, Burgos, 1964, p. 116-17, 326 ss. García de Quevedo, Eloy. “Libros burgaleses de memorias y noticias”, *BCPMB*, 23, 1928, p. 290-91. Véase, Payo Hernanz, René-Jesús. “Fiestas y solemnidades públicas en Burgos (1598-1883). El arte efímero y su significado simbólico”. *Boletín M. e I. Camón Aznar*, LXIX, 1997, p. 204; A.M.B. sección Funciones Públicas, carpeta 1.

(65) El primer tumulto antifrancés con víctimas se produce el 18 de Abril de 1808. En la proclama de la burgalesa imprenta de Navas, en 1814, aparece la rela-

derrotado en Waterloo tras sus Cien Días y es trasladado a bordo del Northumberland por sus carceleros ingleses para rendir viaje en Santa Helena, donde acabará sus días.

En un texto de la época hallamos este a modo de triste requiem por el emperador: **“Todo lo ha perdido aquel hombre que se había hecho temible a todas las naciones asombradas de ver sus hazañas; todo lo ha perdido, hasta su valor, aquel hombre que había tantas veces menospreciado la muerte y parecía desafiarla: ahora anda como errante y vagamundo, sin saberse casi en el día de hoy (20 de Agosto de 1815) su verdadero paradero y su suerte futura”**.

Cuando divisa el islote de Santa Elena, Napoleón exclamará: **“Ce n’est pas un joli séjour. J’aurais mieux fait de rester en Egypte, je serais à présent empereur de tout l’Orient”** (66).

Nada modificará ya esta final reclusión de Bonaparte, aunque en 1816 se fragüe una intentona en Estados Unidos para liberarlo, con cuatro goletas y una acción tipo comando, que es señalada por el embajador de España en Washington a las autoridades inglesas.

Una simple lápida bajo tres sauces custodiará casi veinte años los restos de Napoleón que serán repatriados por una fragata francesa –La Belle Poule– para descansar bajo la cúpula de los Inválidos, a los sonos del Requiem de Mozart en 1840. Aquí llegarán cubiertos por el manto de abejas imperial en una gabarra que remontará el Sena hasta París, para dar cumplimiento a una de las últimas voluntades del emperador: **“Deseo que mis cenizas descansen a la orilla del Sena y en medio del pueblo francés que amé con tanto extremo...”**.

Tras su muerte, como el gran héroe castellano, Napoleón gana su postrer batalla ante la historia y regresa triunfal del destierro, para entrar, vencido el tiempo, en la gloria, porque como señala Bainville **“Même après sa mort, Napoléon continua d’agir sur les imaginations”**.

Y aunque la Comuna abatirá la Columna Vendôme en 1870, habremos de dar la razón al emperador cuando señala: **“el tiempo es el gran arte del hombre. El tiempo trae consigo la justicia. Deja pasar la tormenta y ve crecer los laureles...”**.

Poderoso creador de imágenes, Napoleón ya sentía abrirse este camino de siglos...

ción nominal de víctimas en nuestra ciudad, fusiladas o ahorcadas por el invasor francés –cincuenta y cuatro– más cuatro de Sasamón, anónimas. Véase, Albarellós, J. *Efemérides*, op. cit., p. 328.

(66) “No va a ser una estancia agradable. Hubiera hecho mejor quedándome en Egipto, ahora sería emperador de todo Oriente.”

## BIBLIOGRAFÍA

- Correspondance de Napoléon I.* Publicada de orden del emperador Napoleón III, Paris, 1857-1870, 32 vol., in 4.º.
- Prontuario de las leyes y decretos del rey nuestro señor Don José Napoleón I.º*, Madrid, 1810, 2 vol.
- Abrantes, duchesse d'(Laure Saint-Martin Permon), *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et au Portugal de 1808 à 1811*, 2 vol., Paris, 1837.
- Amade, M. *Voyage en Espagne ou Lettres philosophiques contenant l'histoire générale des dernières guerres de la péninsule*, Paris, 2 tomos, 1823.
- Aracama, Juan Jesús, Sánchez Moreno, Fernando. *Burgos, su Parque de Artillería y Maestranza*, Aldecoa, Burgos, 1989.
- Artola, Miguel. *Los Afrancesados*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- Aubry, Octave. *La vida privada de Napoleón*, Losada/Anaya, Madrid, 1994.
- Aymes, Jean-René, Fernández Sebastián, J. *La imagen de Francia en España, 1808-1850*. Presses Sorbonne Nouvelle/Pub. Universidad del País Vasco, 1997.
- Bainville, Jacques. *Napoléon*, Fayard, Paris, 1931.
- Balzac, Honoré de. *Le Médecin de campagne*, Paris, Gallimard, Bib. de la Pléiade, 1978.
- Bertaud, J-P. 1799, *Bonaparte prend le pouvoir: la République meurt-elle assassinée?*, Complexe, 1987.
- Bigarre, Général. *Mémoires du général Bigarre, aide de camp du roi Joseph (1775-1813)* Paris, 1893, 8.º, 320 p.
- Boudon, Jacques Olivier, "Grand homme ou demi-dieu? La mise en place d'une religion napoléonienne" *Romantisme*, 100, 1998, p. 131-149.
- Cabanis, J. *Le Sacre de Napoléon: 2 décembre 1804*, Gallimard, 1994.
- Bosarte, Isidoro. *Viaje artístico a varios pueblos de España*, (1804), Madrid, Turner, 1978.
- Capmany, Antonio de. *Centinela contra franceses*, Madrid, 1808, 166 p. Muchas reediciones en España y traducciones en Europa.
- Casse, Baron du. *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph*. Paris, 1853-54, 10 vol.
- Ceballos, Pedro de. *Política peculiar de Bonaparte en cuanto a la religión católica, medios de que se vale para extinguirla y subyugar a los españoles por la seducción, ya que no puede dominarles por la fuerza*. Cádiz, 1811, 56 p.



- Chaouat, Bruno. "Comment on maquille l'histoire", in *Revue de Sciences Humaines*, 247, Juillet-septembre 1997, p. 133-151.
- Descotes, Maurice. *La Légende de Napoléon et les écrivains français du XI-Xe siècle*, Paris, Minard, 1967.
- Deschamps, J. *Sur la légende de Napoléon*, Champion, 1931.
- Díaz de Baeza, Juan, *Historia de la Guerra de España contra el Emperador Napoleón*, Madrid, I. Boix, 1843, 477 p.
- Gallo, Max. *Napoléon*. Paris, Robert Laffont, 1997.
- Geoffrey de Grandmaison, Ch.-Alexandre. *Correspondance du comte de La Forest, ambassadeur de France en Espagne (1808-1813)*, Paris, 1905, 7 vol.
- *L'Espagne et Napoléon*, Paris, 1908-1931, 3 vol.
- Gómez Imaz, Manuel. *Bibliografía de la guerra de la Independencia*, Sevilla, 1888.
- Gonnard, P. *Les Origines de la légende napoléonienne*, Paris, 1906.
- Gonzalo Gozalo, Ángel. *El Cabildo de la Catedral de Burgos en el siglo XIX (1808-1902)*, Baena, 1993.
- Humbert, Jean Marcel (dir.), *Napoléon aux Invalides. 1840, le retour des cendres*, Paris, Musée de l'Armée, Fondation Napoléon, 1990.
- Ibáñez Marín, José. *Bibliografía de la guerra de la Independencia*, Madrid, 1908.
- Laborde, Alexandre de, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, Paris, 1808, 5 vol.
- Las Cases, E. de, *Mémorial de Sainte Helène (1823)*, Paris, 1951.
- Laubriet, Pierre. "La légende et le Mythe napoléonien chez Balzac", *L'Année balzacienne*, 1968.
- Lenôtre, G. *Napoléon, croquis de l'épopée: la petite histoire*. Grasset, 1996.
- Lucas-Dubreton, Jean. *Le Culte de Napoléon*, Paris, Albin Michel, 1960.
- Maurras, C. *Jeanne d'Arc, Louis XIV, Napoléon*, Paris, 1937.
- Ménager, Bernard, *Les Napoléons du peuple*, Paris, Aubier, 1988.
- Muñoz Maldonado, José. *Historia política y militar de la guerra de la Independencia*, Madrid, 1833.
- Manuscrito o resumen de la vida política de Napoleon Buonaparte, escrito por él mismo en la Isla de Santa Elena, traducido al Español por L.C.C. y M. Madrid, 1820.
- Napoleón. Colección de anécdotas auténticas relativas a este célebre guerrero. 3 tomos, Barcelona, imprenta de Ignacio Oliveres, 1842.
- Oliver Coppons, A. *El Castillo de Burgos. Monografía histórica*, Barcelona, 1893.
- Rehfues, Philip Joseph von, *L'Espagne en 1808*, Paris, 1811, 4 vol.

- Reinhard, M. "L'Historiographie militaire officielle sous Napoléon", in *Revue Historique*, avril, 1946.
- Rojas, Carlos. *Los Borbones destronados*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997.
- Toreno, conde de. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, 1862. libro VI, p. 47, libro VII, p. 72.
- Salvá, Anselmo. *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, 1913.
- Sarrazin Soboul, A. "Napoléon, le héros, la légende et l'histoire", in *La Pensée*, févr. 1969.
- Thiebault, Dieudonné, *Mémoires 1792-1820*, 5 vol., Paris, 1893-1895.
- Touchard-Lafosse, G., *Chroniques des Tuileries et du Luxembourg, Physiologie des cours modernes*, Bruxelles, Meline, Cans et Cie, 1837.
- Touchard, J. *La Gloire de Béranger*, Paris, 1968.
- Tulard, J. *L'Anti-Napoléon*, Paris, Julliard, 1965;
- *Napoléon ou le Mythe du sauveur*, Hachette, 1988;
- *Le Premier Empire*, PUF, 1992;
- *Dictionnaire du Consulat et de l'Empire*, Laffont, 1995.
- "Le retour des cendres" in Pierre Nora (dir.) *Les Lieux de mémoire*, t. 2, La Nation, vol 3, Paris, Gallimard, p. 81-110.
- (dir.) *Dictionnaire Napoléon*, Paris, Fayard, 1989.
- Boletín de la Institución Fernán González, 165, 2.º semestre 1965; 166, 1er semestre 1966. Fray Valentín de la Cruz presenta la *Relación de lo sucedido en el Convento de Carmelitas descalzos de la ciudad de Burgos, desde la primera entrada de los franceses el año 1807, hasta el año 1814, en que vino Fernando VII a España, después de su cautividad* por el P. José de la Madre de Dios, prior de ese convento.
- Europe, numero spécial "Napoléon et la littérature", avril, mai 1969.
- Yale French Studies, n.º 26: The Myth of Napoleon, 1960-1961.
- Archivo Municipal de Burgos. (A.M.B.)
- Archivo Catedral Burgos. (A.C.B.)
- Archivo Diocesano de Burgos. (A.D.B.); sobre todo la carpeta "Correspondencia con Autoridades Civiles", que cubre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX.
- Archivo de la Real Casa y Patrimonio. Archivo reservado de Fernando VII, t. VI.
- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Leg. 17.787. Lib. año 1808, t. I y II; año 1809;
- Paz, Julián. *Documentos relativos a España existentes en los Archivos Nacionales de París*. Instituto Valencia de Don Juan, Madrid, 1934. Para los acontecimientos de 1808 ver Archives Nationales, série AF IV. (1611; 1613-1617); p. 308-320.